

DESARROLLO Y GLOBALIZACIÓN EN LA NUEVA ERA DE ASIA DEL ESTE

ARTURO OROPEZA

INTRODUCCIÓN

El siglo XXI ha traído consigo cambios fundamentales en los mitos o paradigmas que prevalecieron hasta fines del último milenio. Las categorías tanto políticas como económicas decantaron la transformación que ya venían acusando desde la década de los setenta. Una nueva era, diferente a las experiencias anteriores, poco a poco se ha ido instalando a lo largo de esta primera mitad de siglo, motivando la reestructuración del orden global y de las relatorías político-económicas que antes ocupaban a los sectores público, privado y académico del mundo.

Una globalización desbordada, una geopolítica enfrentada, modelos económicos en transformación y una sociedad global llena de preguntas y huérfana de respuestas suficientes son parte de un escenario que se ha instalado desde finales de la década de los noventa y cuya aclaración parece que no será resuelta prontamente.

Las categorías como *desarrollo*, *progreso*, *mercado*, *Estado*, *globalización*, etc., lejos de afirmarse después de 250 años —cuando comenzó su aceleración con la Revolución Industrial—, se presentan confusas, agotadas y polémicas, mientras la sociedad global en su conjunto espera una conjugación más clara que ayude a resolver las nuevas y viejas demandas del milenio.

En el marco de este cambio, como una nueva realidad visible, surge una región: Asia del Este, que se presenta en los últimos años como una zona diferenciada de la dogmática occidental y cuyo

desempeño ha generado el desplazamiento de paradigmas y de actores que dieron rumbo a las líneas del desarrollo y del crecimiento económico en las últimas décadas. Dada la importancia de estos cambios para la geopolítica y la economía mundial, en los siguientes apartados intentaremos construir algunas líneas de aproximación a las transformaciones sucedidas en esta zona, y concluiremos estas opiniones generales con la reflexión sobre su relevancia para México.

I

Asia en general —incluida Asia del Este—¹ fue una categoría olvidada en el tiempo, como producto de un éxito occidental que, desde finales del siglo XV, junto con los descubrimientos marítimos de la época (el descubrimiento de América en 1492, la llegada de Vasco de Gama a la India en 1498, etc.), fue abundando en la fácil postergación de una región que durante 90% de nuestra era poseyó de manera sostenida el liderazgo económico del mundo.²

Las hambrunas de los siglos XIX y XX padecidas por Asia del Este, de manera especial por China e India, junto con el avance de una sociedad occidental que apenas quinientos años antes había iniciado su Renacimiento y doscientos cincuenta años su Revolu-

¹ Para efectos de este trabajo, por Asia Pacífico se entenderá la composición de países integrada por las diez economías que integran la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), a saber: Myanmar, Laos, Tailandia, Vietnam, Camboya, Malasia, Indonesia, Singapur, Filipinas y Brunéi. Y por Asia del Este se comprenderán tanto las naciones pertenecientes a la ASEAN como Japón, Corea del Sur, Taiwán, China, India y Rusia, para un total de dieciséis países. La división de Asia por Occidente, desde siempre, se ha prestado al uso arbitrario de conceptos. Oriente Medio, Oriente Próximo, Oriente Extremo, Lejano Oriente, Asia del Este y ahora Asia Pacífico son términos en los que no acaban de ponerse de acuerdo los especialistas. De ahí esta selección arbitraria de integración de Asia del Este y Asia Pacífico, debido a su sinergia económica y comercial.

² Del año 1 al año 1800 de nuestra era, tanto India como China representaron de manera alternada el poder económico mundial más importante de la época.

ción Industrial, contribuyeron a la idea de un mundo occidental omnímodo donde todo iniciaba y todo acababa, y en el que lo demás resultaba secundario o prescindible.

El fin de la Guerra Fría en 1989, con la caída del Muro de Berlín y, en 1991, con la disolución de la entonces Unión Soviética, acrecentó la idea de un dominio de lo occidental que en lo económico y en lo político celebraba el *fin de la historia*, al propio tiempo que ratificaba una era o predominio en el cual se dibujaba la continuación de una hegemonía occidental de largo plazo, encabezada por Estados Unidos.

A tres décadas de que esto sucediera, los habitantes de un mundo global, todavía acostumbrados a las *maneras* de lo occidental, se ven en la necesidad de reconocer que esta *realidad* ha cambiado y a aceptar, en consecuencia, que ya no se vive solamente una era de lo occidental, sino que ésta se ha transformado en una nueva era geopolítica de lo económico y de lo político ante la fuerte irrupción de la región de Asia del Este, que ya influye de manera relevante en la vida económica de la mayoría de los 7600 millones de seres humanos que comparten la segunda década del presente siglo.

Al preguntarle a Hobsbawm sobre algunas de las líneas visibles de la decadencia de Occidente, en un tono dubitativo señala: “Esta tendencia —el éxito occidental— parece detenerse. No sé si se ha invertido, pero lo que es cierto es que se ha agotado el impulso que la movía”.³ Glucksmann, por su lado, sobre el deterioro occidental, afirma: “Cuando en la ínfima intimidad de una conciencia, Occidente choca con Occidente, todo está en juego y nada lo está, el tañido fúnebre por el fin de la historia queda suspendido, el carillón de un nuevo comienzo contiene su aliento”.⁴

Un nuevo comienzo, el fin de la historia, Occidente vencido por Occidente, la pérdida del impulso hegemónico, etc., son apenas algunas de las primeras interpretaciones del debilitamiento de un predominio occidental que se ha traducido al mismo tiempo en el

³ Eric Hobsbawm, *Entrevista sobre el siglo XXI*, Crítica, Barcelona, 2012, p. 50.

⁴ André Glucksmann, *Occidente contra Occidente*, Taurus, México, 2004, p. 189.

fortalecimiento de la región de Asia del Este, donde habitan dieciséis naciones, 5000 millones de personas, y conviven cinco civilizaciones (la china, la rusa, la india, la japonesa y la musulmana) que han logrado sobrevivir hasta nuestros días.

A la economía global, a la geopolítica occidental y al mundo que la rodea (como es el caso de México y de América Latina) les resulta difícil aceptar que habitan una nueva era euroasiática⁵ que les exige el cambio o la adaptación de los paradigmas que dieron rumbo y sentido a su quehacer público y privado, tanto por un desconocimiento cabal de lo nuevo como por el fácil mecanismo de su negación.

Occidente se olvidó de Asia del Este y el olvido le ha resultado costoso. Sin embargo, de manera más importante, como señala Glucksmann, Occidente se olvidó de sí mismo, se peleó consigo mismo y se distrajo de escuchar las voces adelantadas que le avisaban ya de un cansancio general que se reflejaba en su adelgazamiento económico y su inestabilidad política y social. Sobre estos síntomas, Ferguson comentó: “La civilización occidental parece haber perdido la confianza en sí misma [...]. Empezando por Stanford en 1963, toda una serie de grandes universidades han dejado de ofrecer el clásico curso de historia de la civilización occidental a sus alumnos”. Después de tener contacto con el éxito chino, agregó de manera concluyente: “Pienso que quizá fue sólo entonces en donde realmente comprendí qué era lo que definía a la primera década del siglo XXI [...] el hecho de que estamos viviendo el final de quinientos años de supremacía occidental”.⁶

Voces más adelantadas, como la de Huntington, denunciaban ya desde la década de los noventa el dinamismo asiático frente al debilitamiento occidental: “Las sociedades no occidentales —decía

⁵ Denominación arbitraria para evidenciar el mestizaje que, desde la pasada década de los sesenta, escenifica el comercio, la economía, y la política de las dieciséis naciones de Asia del Este con los principales actores económicos de Europa y Estados Unidos, así como del mundo en general.

⁶ Niall Ferguson, *Civilización: Occidente y el resto*, Debate, México, 2012, pp. 19 y 59.

Huntington—, particularmente en el Este de Asia, están desarrollando su riqueza económica y sentando las bases de un poderío militar y una influencia política mayores”. A lo que agregaba de manera premonitoria: “La era que comenzó con las intromisiones occidentales en 1840 y 1850 está tocando su fin, China está volviendo a asumir su lugar como potencia hegemónica regional y Oriente está tomando posesión de lo suyo”.⁷

Las dudas de Occidente, sus olvidos, la pérdida de rumbo que viene padeciendo desde la última parte del siglo pasado, el fin de una inercia de posguerra que acompañó sus mejores éxitos económicos y políticos contrastan con una certeza oriental que declara sin ambages que el siglo XXI será el siglo de China y el retorno de las hegemonías asiáticas. Mahbubani fundamenta lo anterior cuando opina que “entre las nuevas mentes asiáticas privan la convicción y certeza genuinas de que el día del Este de Asia ha llegado, aun si el área debe tropezar una o dos veces más antes de encumbrarse”. Con no poca convicción, agrega: “Habiendo despertado ya, la inteligencia asiática no está dispuesta a dormir en el futuro próximo. La exitosa reanimación del desarrollo de las sociedades asiáticas dará origen a un nuevo discurso entre Oriente y Occidente”.⁸

El contraste de las posiciones refleja, por un lado, el cansancio y la falta de interés de un Occidente integrado por Europa y Estados Unidos,⁹ que desde hace más de tres décadas padece un decaimiento económico progresivo el cual cohabita con una confusión política que, en su conjunto, muestran ya como resultado la erosión de sus políticas de bienestar, cada uno en el marco de su

⁷ Samuel P. Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, México, 2001, pp. 22 y 285.

⁸ Kishore Mahbubani, *¿Pueden pensar los asiáticos?*, Siglo XXI Editores, México, 2002, p. 18.

⁹ Comenta Hobsbawm que “hay razones internas por las que el imperio estadounidense no puede durar, y la más inmediata es que la mayoría de los estadounidenses no están interesados en el imperialismo ni en la dominación mundial en el sentido de gobernar el mundo”, en Eric Hobsbawm, *Guerra y paz en el siglo XXI*, Crítica, Barcelona, 2007, p. 82.

circunstancia. Por otro lado, el discurso vitalista asiático, alimentado en la fortaleza de los incrementos económicos de la mayoría de los países de Asia del Este, genera una inercia que ha crecido con el tiempo, al mismo tiempo que ha dotado de credibilidad al proyecto, ha generado los fundamentos para poder hablar de un nuevo orden entre el Atlántico y el Pacífico.

La síntesis de estas posturas queda más clara cuando Tony Judt diagnostica sin atajos que “algo va mal” en Europa, que Occidente —en su orfandad de rumbo— ha perdido incluso su capacidad discursiva; que simplemente ya no sabe cómo hablar de todo *esto*, en un ánimo sincero de provocar la discusión de un futuro que rescate el porvenir.¹⁰ Por otro lado, un Mahbubani empoderado, y la región de Asia del Este junto con él, comunica al mundo que “el siglo [XXI] se distinguirá por el hecho de que el este de Asia se alzará como centro mundial de poder”.¹¹

La historia de las civilizaciones, como la de las hegemonías, nunca ha sido lineal. No puede serlo porque la ruta de su éxito o de su fracaso obedece a múltiples factores que dependen a su vez de un sinnúmero de circunstancias. Sin embargo, el debate discursivo de ayer sobre si China ocuparía una posición hegemónica en el siglo XXI o si los países de Asia del Este consolidarían una tendencia que nos permitiera hablar de una nueva era del Pacífico ha dejado el mundo de las ideas para ubicarse en el de los resultados económicos, el de las cifras, de las cuales se desprende que el mundo omnímodo occidental ha cambiado.

Desde el siglo pasado, Occidente ha sido un testigo no inocente del fortalecimiento progresivo de Asia del Este, de cómo este empuje ha derivado en el desplazamiento de la riqueza mundial y del centro de gravedad de la economía. Como un ejemplo de ello, puede mencionarse que, todavía en el periodo de 1991-1995, los países desarrollados generaban 50% del crecimiento global, mientras que de 2011 a 2015 influyeron solamente en 28%, con una caída de 22 puntos en un plazo de veinticinco años. En contraste,

¹⁰ Tony Judt, *Algo va mal*, Taurus, México, 2013, p. 45.

¹¹ Mahbubani, *op. cit.*, p. 143.

China e India —como dos representantes significativos de Asia del Este— en el periodo de 1991-1995 aportaron únicamente 11 y 5%, respectivamente, del crecimiento global. Para el segundo periodo, de 2011-2015, China sola contribuyó con 30% del crecimiento global, o sea, dos puntos más que el total de los países desarrollados, e India subió 10%, para conformar un total de 40% entre ambos países.¹²

Como un ejemplo más de la inercia de estas tendencias, también puede observarse cómo en el periodo de 1992-2015, el G7 (integrado por Estados Unidos, Alemania, Reino Unido, Francia, Italia, Canadá y Japón) perdió veinte puntos de participación del producto interno bruto (PIB) global, mientras China, India, Rusia y Brasil, en el mismo periodo, obtuvieron veinte puntos más de participación.

Con base en estas tendencias es que algunos autores como Ferguson, Sachs, Summers, entre otros, señalan que Occidente, como hegemonía relevante, está regresando en el tiempo a los niveles económicos, demográficos y territoriales que tenía hace medio milenio; o sea, al año 1500, cuando detentaba 43% del PIB, 16% de la población y 10% del territorio del mundo; ya que, tras haber llegado a su cúspide en 1913 con 79% del PIB, 57% de la población y 58% del territorio del mundo, se pronostica que para 2020 Occidente tendrá solamente 35% de la riqueza mundial, 25% de la población y 12% del territorio;¹³ mientras que, en 2050, 60% del PIB global será asiático.¹⁴

Huntington, de manera más simple, sobre el renacimiento asiático respecto al debilitamiento occidental, sentencia: “Los doscientos

¹² Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y Banco de Desarrollo de América Latina (CAF), *Perspectivas económicas de América Latina 2016. Hacia una nueva asociación con China*, OECD Publishing, París, 2015.

¹³ Arturo Oropeza, “El acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP): ¿bisagra o confrontación entre el Atlántico y el Pacífico?”, en Arturo Oropeza (coord.), *El acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP): ¿bisagra o confrontación entre el Atlántico y el Pacífico?*, IJ/UNAM, México, 2013, p. 176.

¹⁴ Jeffrey Sachs, *The Price of Civilization*, Vintage, Londres, 2013, p. 44.

años de —fugaz paréntesis— occidental en la economía mundial habrán acabado”.¹⁵

II

Son muchas las razones que explican las causas de la debilidad occidental y el resurgimiento asiático, como también son muchas las posiciones que analizan un tema abierto que está lejos de ser cosa juzgada. La sociedad global del siglo XXI tendrá que seguir muy atenta para ver cómo un mundo agobiado por razones inéditas resuelve, de manera razonable, la gobernabilidad de la primera mitad del siglo.

No obstante, dentro de las razones que destacan en las primeras interpretaciones del choque, encuentro, competencia o lucha entre Occidente y Asia del Este, por su profundidad y consecuencias, sobresale el tema de los modelos de desarrollo. Por un lado, y hablando en términos generales sin la posibilidad de atender las particularidades de cada caso, aparece un vertical, estatista, heterodoxo y de *bajo costo* modelo asiático o *socialismo de mercado*; y, por el otro, un democrático y *ortodoxo* capitalismo neoliberal.

El modelo económico asiático no es nuevo, empezó a construirse durante el siglo XIX, ante la llegada de las primeras hegemonías marítimas a la zona del Pacífico de Asia del Este, con la invasión de Inglaterra a China en 1839 durante las guerras del Opio y los primeros combates estadounidenses a Japón en 1853. Frente a la presencia de estas potencias, India se rinde desde el principio a la hegemonía inglesa (India había sido controlada desde el siglo XVII bajo un dominio inglés que fue creciendo hasta su independencia en 1947), China nunca claudica a pesar de las múltiples intromisiones multinacionales y Japón recurre a la estrategia de la asimilación occidental sin perder su identidad. Como parte de esta asimilación surgen las primeras líneas económicas de un modelo que hoy, en su versión más acabada, conocemos como *socialismo de mercado*, el cual ha sido implementado por China.

¹⁵ Huntington, *op. cit.*, p. 103.

Sobre la transformación de Japón de 1870 a 1884 y las primeras líneas del *modelo asiático*, comenta Anguiano:

La restauración Meiji fue un periodo de la historia de Japón en el que se acometieron reformas sociales, económicas y políticas de gran envergadura, que a poco más de cuatro décadas transforman a ese país en uno capitalista-industrial bajo patrocinio y control del Estado, que pasó de ser dependiente de las potencias colonialistas a tener pleno control sobre su soberanía nacional, a gozar de igualdad jurídica con los demás países del mundo y comenzó a despertar como potencia regional.¹⁶

La industria, o el saber tecnológico como punta de lanza de la transformación económica, y el control del Estado, como el compromiso por hacer que el desarrollo económico *ocurra*, tal como dice Mazzucato, son dos de las líneas principales mediante las cuales Japón llegó a ser una potencia mundial en la primera mitad del siglo XX y a instrumentar su recuperación económica después de su derrota militar en 1945.

Ausencia o disminución de costos sociales en la primera etapa del proyecto, participación directa del Estado en la planeación económica, pero de manera más notable en su ejecución, a través de medidas monetarias (control de divisa), de mercado (subsidijs, subvenciones, precios controlados, etc.), de comercio (apoyos y subsidijs a las exportaciones, barreras a las importaciones, etc.), fiscales (exenciones, reintegraciones, etc.), tecnológicas (prioridad, subsidijs y alto presupuesto a la ciencia y a la tecnología), entre otras, y un cumplimiento a modo (con *características asiáticas*) de la normativa comercial del momento constituyen tres de los pilares más importantes a través de los cuales se ha venido delineando un proyecto asiático-exportador en la mayoría de las economías de Asia del Este, desarrollado progresivamente por estos países de acuerdo con sus propias particularidades.

¹⁶ Eugenio Anguiano, *China y Japón de 1850 a 1914*, Cuadernos de Trabajo CECHIMEX, UNAM, México, 2014, p. 9.

En su momento, durante el segundo despegue japonés posterior a 1950, antes de que se convirtiera en la segunda economía del mundo (ahora tercera, después de China), ya algunos actores evidenciaban tanto la informalidad asiático-japonesa como la tolerancia occidental-americana. Sobre las políticas de apoyo estatal de Japón en 1955, Frieden reconoce que “el gobierno japonés apoyaba a los fabricantes con reducción de impuestos, subvenciones, créditos baratos y otras ayudas”.¹⁷ Por su parte, Huntington aporta sobre el tema:

los reiterados conflictos entre los Estados Unidos y Japón sobre cuestiones comerciales respondían a una modalidad en la que los Estados Unidos planteaban exigencias a Japón y amenazaban con sanciones si éstas no eran atendidas. A continuación se mantenían negociaciones prolongadas y después, en el último momento antes de que las sanciones entraran en vigor, se anunciaba un acuerdo. Por lo general, los acuerdos estaban redactados de forma tan ambigua que los Estados Unidos podrían cantar victoria de forma genérica y los japoneses podrían cumplir o no cumplir el acuerdo según quisieran, y todo seguía como antes.¹⁸

Estos breves ejemplos de la naturaleza informal del modelo asiático serían totalmente reproducibles hoy en día en el caso de China, Vietnam, Bangladesh, Camboya, entre otros; incluso, en menor medida, todavía en Corea, Japón y Taiwán, en cuanto a una participación del Estado en la defensa de sus empresas e intereses nacionales.

Por su parte, China —hoy la segunda economía del mundo—, por medio de la integración de cientos de zonas especiales, primero en el Pacífico y luego a lo largo de todo el país, llevó a su clímax la potencialidad del modelo asiático, logrando un crecimiento económico promedio de 10% por más de treinta años, y se transformó en el primer exportador y en la nación manufacturera

¹⁷ Jeffrey A. Frieden, *Capitalismo global*, Crítica, Barcelona, 2007, p. 369.

¹⁸ Huntington, *op. cit.*, p. 272.

del mundo. Deng Xiaoping, impulsor de su modelo de desarrollo, opinaba que era un experimento sujeto a una revisión permanente. De igual modo, cuando tenía que definirlo, sin preocupaciones intelectuales apuntaba con toda claridad: “Actualmente hay dos modelos de desarrollo productivo. En la medida que cada uno de ellos sirva a nuestros propósitos, nosotros haremos uso de él. Si el socialismo nos es útil, las medidas serán socialistas; si el capitalismo nos es útil, las medidas serán capitalistas”. Y agregaba sin dudas, a diferencia de Occidente, que “no existen contradicciones entre el socialismo y la economía de mercado”.¹⁹

Los dos modelos, bajo su propia lógica del desarrollo, han competido desde la segunda parte del siglo pasado, y actualmente lo siguen haciendo. Su convivencia ha traspasado diferentes etapas de difícil explicación; han oscilado entre la competencia frontal por el liderazgo económico del mundo y una *asociación por precarización* de la plusvalía de la mano de obra asiática, en un entreveramiento de competencias e intereses donde no se distingue con claridad hasta dónde llega el reparto de la renta industrial entre un Occidente que renunció a su fabricación y una Asia del Este que se erige hoy como la fábrica del mundo.

No obstante, la geografía de los números nos dice que en las últimas décadas el crecimiento económico más fuerte ha sido para la mayoría de los países de Asia del Este, o sea, para el modelo asiático de desarrollo. Como ejemplo de ello, en los últimos diez años (2004-2014), la Unión Europea apenas tuvo un crecimiento económico de 0.5% anual promedio y Estados Unidos de 1% anual promedio; mientras que Asia del Este se levantó con 6% promedio anual, China, en especial, con 8% anual promedio en el mismo plazo. Lo anterior ha contribuido a que, de 2007 a 2014, Grecia haya visto disminuir su PIB per cápita en -22%; Italia, -11%; España, -7%; Portugal, -5%; Gran Bretaña, -4%, y Francia, -1%; mientras que China lo incrementó 175% en el mismo lapso. Bajo una visión de dieciocho años (1995-2013), Estados Unidos ha

¹⁹ Arturo Oropeza, *México-China. Culturas y sistemas jurídicos comparados*, IJ/UNAM, México, 2008, p. 450.

podido subir su PIB per cápita 36%, mientras que China lo llevó a más de 400%.²⁰

Mientras Occidente, y la mayor parte de América Latina con él, sigue viviendo un problema económico existencial, como lo refiere Judt cuando pregunta: “¿Estamos condenados a dar bandazos eternamente entre un *mercado libre* disfuncional y los tan publicitados horrores del *socialismo*?”²¹ un modelo asiático sin dudas (vertical, estatista, heterodoxo) define a través del aumento de sus índices económicos las economías ganadoras de la primera mitad del siglo XXI.

III

Si la polémica de ayer sobre el posible surgimiento de una China hegemónica y una relevante Asia del Este ha perdido oportunidad ante la evidencia de los números, la cuestión que prevalece, ante este nuevo empoderamiento asiático y debilitamiento occidental, es saber el camino que seguirán estas tendencias tanto en su profundización como en su entrelazamiento. Lo que se trasluce por medio de las acciones y los discursos de los participantes es que ambas partes, de manera esforzada, luchan por la recomposición o la ampliación de sus activos, en un debate sin tregua por la hegemonía del siglo XXI.

De las acciones llevadas a cabo por parte de China, destaca en primer lugar la integración informal iniciada a partir de 2009 en el grupo llamado BRICS, formado por Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, que, a pesar de no presentarse como una asociación formal en los términos de la Organización Mundial de Comercio (OMC), a la fecha ya cuenta con más logros que otros esquemas de integración global. El esquema BRICS ya opera actualmente con un Banco de Desarrollo y un Fondo de Garantías por montos de cien mil millones de dólares cada uno; a lo que se agregan acuer-

²⁰ OCDE, CEPAL, CAF, *op. cit.*

²¹ Judt, *op. cit.*, p. 45.

dos de naturaleza energética (China y Rusia, 2015), de investigación y desarrollo, comercio, ciencia y tecnología, ecología, energías renovables, etc. De manera destacada, junto con esta estrategia, China ha desplegado a través de toda Asia (2013) un proyecto muy ambicioso de integración inspirado en la Ruta de la Seda llamado “One Belt, One Road” (OBOR, por sus siglas en inglés, “una integración, un camino”), por medio del cual se propone reposicionar su liderazgo geoeconómico y político en toda Asia, es decir, en Asia Pacífico, Asia Central y Medio Oriente, en un área que abarca 55% del PIB mundial, 70% de la población y, de manera especial, 75% de las reservas de energía conocidas: “El objetivo declarado de esta gran iniciativa es patrocinar la continuidad y el comercio entre China y más de 60 países atravesados por el OBOR”.²²

Por otra parte, desde 2009, Estados Unidos dio inicio al proyecto de integración formal del Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP, por sus siglas en inglés), con la participación de siete países de Asia del Este (Japón, Singapur, Malasia, Brunéi, Vietnam, Australia y Nueva Zelanda) y cuatro países americanos (Canadá, México, Perú y Chile), con los cuales ha instrumentado, por medio de un Tratado de Libre Comercio, una política de reposicionamiento geoeconómico y político a partir de Asia del Este y en el marco de su contienda con China. Esta estrategia global, como lo hizo China, la ha ampliado con una segunda iniciativa que incluye la firma de otro tratado de libre comercio —Asociación Transatlántica de Comercio e Inversión (TTIP, por sus siglas en inglés)— con los ahora veintisiete países de la Unión Europea, lo cual representa un reforzamiento histórico geopolítico occidental.

Esta contienda de acuerdos y tratados de integración que prevalece hoy en lo económico y en lo político entre el Atlántico y el Pacífico no puede separarse de los conflictos globales que se registran actualmente en el planeta, en los cuales las dos tendencias hegemónicas ya dejan sentir el peso de sus intereses.

²² Nicola Casarini, “Todos los caminos llevan a Beijing”, *Vanguardia*, núm. 60 (2016), p. 8.

Por ejemplo, en el caso de la energía, en la lucha por los hidrocarburos —que estarán marcando a los países ganadores y perdedores de esta primera mitad de siglo por razones de abasto, agotamiento y precio—, China firmó un convenio con Rusia por 270 000 millones de dólares para un suministro de petróleo y gas durante los próximos veinticinco años. Asimismo, los dos países se han sumado expresa y tácitamente por la contienda de las reservas de hidrocarburos de Medio Oriente (50%); por ejemplo, a través de su apoyo a Siria y al gobierno de Bashar Háfez al-Ásad, en la idea del control del suministro de reservas mundiales, así como mediante el envío de gas a Europa por parte de Rusia. Por su parte, los actores relevantes tanto de la Unión Europea como de Estados Unidos reúnen apoyos contra la permanencia de al-Ásad en Siria, ya que forma parte también del proyecto de suministro de hidrocarburos a Europa, sin tener que pasar por la zona de control de Rusia, en acompañamiento de diversos actores de la región, como Arabia Saudita y Qatar, donde la presencia y el manejo del estado islámico en la zona es una clara muestra del potencial de escalamiento al que pueden llegar ambas partes.

Otro ejemplo de este debate en el ámbito geopolítico son las tensiones prevalecientes en el mar del Sur de China, tanto en lo que se refiere a la posesión de las islas Diaoyutai (por parte de China) o Senkaku (por parte de Japón) como por el tema de los límites marítimos que reclama China a Vietnam, Filipinas, Malasia y Brunéi, entre otros países, en el marco del potencial de la zona en materia de hidrocarburos y del control geopolítico del transporte marítimo de la región, lo cual involucra directamente a Estados Unidos y a sus aliados.

No cabe duda de que vivimos una nueva realidad en gestación, cuyo final aún resulta indescifrable. Lo que también es cierto es que la etapa geopolítica occidental tal cual la concebimos ha terminado e, independientemente del resultado que pueda arrojar la confrontación de dos países y regiones importantes, hoy ya habitamos un nuevo espacio geoeconómico-político, euroasiático, que obliga a los diferentes países a revisar lo intentado hasta hoy.

IV

Geopolíticamente, para México el antagonismo China - Estados Unidos, Occidente - Asia del Este, presenta serios retos en la administración de un papel que, por definición geográfica, lo ubica como vecino de uno de los protagonistas. De ese destino geográfico se derivan también las mejores oportunidades para reposicionar un papel que no ha sido valorado ni apoyado en su dimensión por el *socio* del norte.

En el tema económico, la nueva realidad chino-asiática afecta directamente la matriz de negocio que México ha tenido desde siempre con Estados Unidos, ya que, debido a su cercanía geográfica, éste ha sido su principal cliente y el mayor destino de sus exportaciones. Esta matriz, en razón del traslado económico del Atlántico al Pacífico, se ha sofisticado como resultado de la confrontación-asociación que vive la relación chino-estadounidense, cargándole a México parte de los costos. Por otro lado, en el tema de la asociación China - Estados Unidos por la precarización de la plusvalía asiática, México sale lastimado en diversos rubros, pues dicha asociación transcomercial lo impacta de manera directa en su oferta exportadora y su línea de costos.

De igual modo, el país y la región de América Latina salen también afectados al confrontar todos los días, en lo comercial y en lo económico, un modelo asiático que opera impunemente estrategias informales o heterodoxas no ceñidas total o parcialmente a la OMC, con el apoyo o asociación de actores occidentales relevantes. Tal vez éste sea el mayor reto de alineamiento de la región con la nueva realidad geoeconómica.

El modelo asiático está lejos de ser la respuesta idónea a un mundo urgentemente necesitado de un desarrollo más inclusivo y sustentable para todos. Sus déficits en el cumplimiento de una normativa mundial económica y de comercio, así como sus serios descuidos ecológicos y omisiones en política social no lo convierten en un ejemplo mundial. Sin embargo, la participación comprometida y exitosa del Estado asiático con sus intereses y actores nacionales, que es otra de las principales características del modelo,

sí representa una oportunidad para lo realizado hasta hoy por México y la mayor parte de América Latina. Por ello, además de recordar a algunos de los especialistas asiáticos en el tema —como Deng Xiaoping, Lee Kuan Yew, Chi Fulin, Gao Shangyuan, entre otros—, tal como lo están haciendo en Europa y practicando en Estados Unidos, la región tendría que revisar seriamente a autores actuales, como Mazzucato, cuando recuerda:

Un Estado emprendedor no solo *elimina el riesgo* del sector privado, sino que también visualiza el espacio de riesgo y opera de forma atrevida y efectiva dentro de éste para conseguir que las cosas ocurran. De hecho, cuando el Estado no está convencido de su función, es más probable que sea *capturado* y sometido a los intereses privados. Cuando no asume un papel de liderazgo, se convierte en un pobre imitador de los comportamientos del sector privado, en lugar de una alternativa real. Y es más probable que las críticas habituales sobre su carácter lento y burocrático sean ciertas en países donde se le deja de lado y se le asigna un papel puramente *administrativo*. Así pues, tratar al Estado como un ente engorroso que solo es capaz de conseguir *fallos del mercado* es una profecía que termina por cumplirse.²³

En las naciones emergentes no está el poder para incidir en la conformación de los nuevos bloques hegemónicos, agotado el orden económico y político del siglo XX. Sin embargo, en la oportunidad y el talento de sus principales actores económicos y políticos, siempre estará la posibilidad de convertir retos en oportunidades.

Finalmente, en la nueva era del Pacífico, con todo su deslumbramiento, bagaje y relatoría, habrá de cuidarse de no caer en el síndrome de Vasco Núñez de Balboa, quien, por querer ser el primer occidental en ver el Pacífico, pagó con su propia cabeza la transgresión.

²³ Mariana Mazzucato, *El Estado emprendedor*, RBA, Barcelona, 2014, p. 34.

BIBLIOGRAFÍA

- Anguiano, Eugenio, *China y Japón de 1850 a 1914*, Cuadernos de Trabajo CECHIMEX, UNAM, México, 2014.
- Casarini, Nicola, “Todos los caminos llevan a Beijing”, *Vanguardia*, núm. 60 (2016).
- Ferguson, Niall, *Civilización: Occidente y el resto*, Debate, México, 2012.
- Frieden, Jeffrey A., *Capitalismo global*, Crítica, Barcelona, 2007.
- Glucksmann, André, *Occidente contra Occidente*, Taurus, México, 2004.
- Hobsbawm, Eric, *Guerra y paz en el siglo XXI*, Crítica, Barcelona, 2007.
- Hobsbawm, Eric, *Entrevista sobre el siglo XXI*, Crítica, Barcelona, 2012.
- Huntington, Samuel P., *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, México, 2001.
- Judt, Tony, *Algo va mal*, Taurus, México, 2013.
- Mahbubani, Kishore, *¿Pueden pensar los asiáticos?*, Siglo XXI Editores, México, 2002.
- Mahbubani, Kishore, *El nuevo hemisferio asiático*, Siglo XXI Editores, México, 2003.
- Mazzucato, Mariana, *El Estado emprendedor*, RBA, Barcelona, 2014.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y Banco de Desarrollo de América Latina (CAF), *Perspectivas económicas de América Latina 2016. Hacia una nueva asociación con China*, OECD Publishing, París, 2015.
- Oropeza, Arturo, *México-China. Culturas y sistemas jurídicos comparados*, IJ/UNAM, México, 2008.
- Oropeza, Arturo, “El Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP): ¿bisagra o confrontación entre el Atlántico y el Pacífico?”, en Arturo Oropeza (coord.), *El Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP): ¿bisagra o confrontación entre el Atlántico y el Pacífico?*, IJ/UNAM, México, 2013.
- Sachs, Jeffrey, *The Price of Civilization*, Vintage, Londres, 2013.